

EN TORNO AL CONCEPTO DE CULTURA CATÓLICA¹

P. Dr. Cornelio Fabro

Ningún término puede parecer, tal vez, más matizado e inaferrable que el de «cultura»; pero ninguno más que él cercano a la vida, petulante y agresivo: en suma, más exigente. «Cultura» oscila, por consiguiente, entre el significado vagamente estético de atmósfera, de ambiente, de estilo de pensamiento, y el de exigencia de comportamiento, o bien, de esfuerzo y responsabilidad. Y si, además, al sustantivo «cultura» se le añade el calificativo de «cristiana» o, más precisamente aún, el de «católica», entonces la extraña tensión aludida (que es una mezcla de inaferrabilidad conceptual y de exigencia o urgencia existencial) parece desafiar todo proyecto y desilusionar toda esperanza de concreta comprensión. Especialmente hoy.

No hay dudas de que la cultura cristiana, y también católica, sea un hecho, es decir, una realidad histórica que se ha afirmado por largos siglos en los cuales el mensaje evangélico de la salvación era operante y visible, al menos en filigrana, en todas las actividades del espíritu: desde el arte hasta la literatura, la política e incluso la ciencia... Pero ¿lo es aún? Ahora está el hecho de los nuevos proyectos eclesiales del post-Concilio (como si surgiesen de las imprevistas dilataciones de la legítima apertura al diálogo, al pluralismo, al ecumenismo... extendidas no solo a las otras confesiones cristianas, sino incluso a las religiones que han quedado fuera del área de la divina revelación). Es más, al diálogo han sido invitados los ateos, es decir, aquellos «Freethinkers», los «esprits forts»... que han excavado a la izquierda la fosa de la completa separación, del hombre, del culto a un Dios personal, llevando a los límites del ateísmo la fractura de la protesta.

¹ Título original: «*Intorno al concetto di cultura cattolica*». El ensayo fue publicado por primera vez en la recopilación *Ragguaglio culturale dei cattolici italiani*, Palombi editore, Roma 1977, 7-10.

¿No han puesto todos éstos al hombre en el centro de la verdad, quitando al concepto de «cultura católica» e incluso «cristiana» toda relevancia?

Pero esto es un problema teológico de «definición», mientras nosotros aquí nos tenemos que contentar con una tentativa de acercamiento existencial.



«Cultura» es «formación»: es la educación del espíritu humano. Los griegos tenían la «paideia», que es el proyecto de formación del hombre a partir de su infancia: «pais», en efecto, es el niño, cuyo momento es el más desprovisto e inerte de la existencia, cuando el hombre todo lo espera de los demás. Los alemanes tienen los términos «Kultur» y «Bildung»: el primero indica más bien el aspecto extrínseco y el contenido objetivo del humano civilizarse, mientras que el otro significa el aspecto subjetivo y dinámico, o bien el progreso interior de la conciencia individual en la ascensión a la cima del propio ser espiritual: la formación a la libertad, en suma. Así, la «Bildung» substrahe la «Kultur» al mero tecnicismo y diletantismo los dos escollos de su dispersión para orientarla a una tarea humana de formación personal y social. La periodización de la historia en sus varias épocas (sea ella de naturaleza teológica o filosófica) tiende a individuar los puntos claves, o sea, los momentos críticos de pasaje, de ruptura, de conquista o de pérdida en la aventura histórica del hombre.

«Cultura», en efecto, está por «civilización» y reviste todo el arco de las facultades del hombre: la sensibilidad, la fantasía, la inteligencia, el sentimiento, la razón... orientadas hacia la consecución de la verdad y de la libertad. Por eso la cultura reviste el arte, la ciencia, la técnica, la filosofía, la moral y también la religión (es más, sobre todo la religión, la cual pretende establecer y satisfacer el primer y último «porqué» de la existencia). Por ello, el iluminismo moderno ha entendido la cultura como «educación del género humano» (Lessing) y la asignaba como tarea propia de la filosofía. Por ello Kant, en su máximo fervor creativo, asignaba a la filosofía (en la parte conclusiva de la «Crítica de la razón pura») tres tareas o temas principales: 1) ¿Qué cosa puedo saber? 2) ¿Qué cosa debo hacer? 3) ¿Qué cosa se me permite esperar?, para poner al final (en la «Lógica» del 1800) la exigencia propia del hombre moderno: ¿Qué es el hombre?

«Cultura» deviene aquí, por primera vez, en modo explícito y creativo, en «antropología», la cual asume el término caracterizante de «trascendental». ¿Qué significa?

«Trascendental» en el pensamiento moderno tiene sentido activo, y no contemplativo como en el pensamiento clásico y cristiano: significa la actividad de la conciencia anticipante y, por eso, estructurante con respecto a la consecución de la verdad y de la libertad. Con palabras pobres: el hombre se reconoce (mediante el trascendental moderno) como principio, medio y fin... El «homo sapiens» se ha identificado con el «homo faber», lo interior con lo exterior, la verdad con la historia, el ser con el tiempo. Es la «veritas filia temporis». Tal cultura moderna, anclada en el trascendental, o sea, en el principio de inmanencia, que se puede expresar con la fórmula de la prioridad fundante del hombre en sentido radical, es decir, que todo (la naturaleza y el mismo Dios), el hombre lo comprende y realiza mediante el hombre, mediante la acción del hombre y la reflexión sobre el hombre.

Un concepto, éste, ya obvio y adquirido en todas las dimensiones de la cultura: desde la narrativa hasta las artes figurativas, desde la ciencia y la técnica hasta la filosofía y a la misma teología moderna, no solo protestante sino también católica (y esto de la «teología y cultura católica» fagocitadas por la antropología, parece una novedad absoluta en la tradición cultural de Occidente). ¿Un derrumbe o un progreso?



Antes de responder (pero, ¿es posible, hoy, responder a tal interrogación?) creo oportuno referir el diagnóstico radical y desacralizante (¡mas coherente!) de la cultura moderna, debido a un pensador ateo del «Otto-cento», que está ahora en auge incluso entre los teólogos católicos, pero considerado, en cambio, por los filósofos catedráticos una especie de... hijo pródigo, perdido en el pantano del positivismo materialista, es decir, Ludwig Feuerbach. Él describe en estos términos, un año después de su «Das Wesen des Christentums» (que es su «opus maximum»), el punto de llegada de la cultura moderna:

«En lugar de la fe se ha colocado la incredulidad; en lugar de la Biblia, la razón; en lugar de la religión y de la Iglesia, la política; en lugar del Cielo, la tierra; en lugar de la oración, el trabajo; del infierno, la

miseria material; del cristiano, el hombre. Hombres (precisa él con razón), los cuales bajo el aspecto teórico no dividen el ser humano en un Señor del Cielo y un señor de la tierra, en el más acá y el más allá; hombres que se lanzan con el alma indivisa a la realidad (de este mundo) son otros que aquellos que viven en la fractura» («Notwendigkeit einer Veränderung», 1842-1843).

Ese cristiano radical y creyente intransigente que ha sido Kierkegaard, un espíritu, entonces, a los antípodas del ateo Feuerbach, sin embargo compartía este diagnóstico y partía del mismo para proclamar un dietrofront de los cristianos, en la dirección del Evangelio «sine glossa».

Cierta cultura católica, en cambio, (sobre todo, a partir del sentimentalismo modernista de inicios de siglo, engrosado en el pantano del post-Concilio) ¿no da acaso frecuentemente la impresión de realizar también ella las tareas de la teología liberal del «Ottocento», a la secuela de Kant-Hegel-Schleiermacher? ¿No corre el riesgo la exégesis bíblica de reducirse a pura filología y arqueología? ¿La dogmática a preciosismos de análisis del lenguaje? ¿La moral a fútiles y peligrosas experimentaciones sociológicas e incluso psicoanalíticas? ¿No estamos quizás cerca (es más, acaso no hemos ya llegado) a nivelar, no solo lo «específico» del catolicismo sino también del mismo cristianismo a lo puramente «humano»? ¿No es tal vez ésto lo que se quiere hoy, cuando frecuentemente en la prensa católica se escribe y en las cátedras de teología se habla de «reinterpretar» el cristianismo?

He aquí el nudo de la crisis, el «punctum saliens» del trauma de la conciencia religiosa contemporánea y, por lo tanto, de la desaparición tácita o expresa de la cultura católica.

Se dice (y es éste el «punctum dirimens», para decirlo con Hegel) que el hombre moderno ya no comprende más el lenguaje tradicional de la fe: por eso...

Por eso... ¿qué? ¿Acaso hace falta quitar, para satisfacer la exigencia del tiempo, los dogmas de la fe y las leyes de la moral? El problema es de sustancia y no de fórmulas.

¿Porqué el cristianismo en su aparecer, y después en los siglos siguientes, ha podido transformar al hombre en hijo de Dios y la cultura en un testimonio de la fe, y ahora baja la bandera en signo de rendición, justo

mientras el mundo, con su cultura, está tocando el fondo de la insignificancia del hombre y de la desorientación universal?

★ ★ ★

Son los interrogativos de fondo que nos tienen que ocupar con un preciso esfuerzo hoy y mañana.

Traducido por el P. Dr. Christian Ferraro I.V.E.